



El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9080

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

—CONDICIONES—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras; de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24, 4—

LEGIA JABONOSA

DE JOSÉ IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍ JABONOSA DE MIRABET.

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castellini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Vinda é hijos de Maximó Gaitérez, Verduras 14; D. José Andrés, San Francisco esquina Pa-las; D. Gines García Canavate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Enrique Aragón, Droguería, Duque 17; D. Antonio Conesa, Sta. Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5, y D. Victor Martiuez, Plaza Sevillano, 5.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete y Murcia Fernando Giménez de Bereguer, Lizana S, principal, Cartagena.

VIERNES 5 DE FEBRERO DE 1892

COLABORACIÓN INÉDITA.

LITIGIOS DE HONRA

La rubia, según la llamaban en diez leguas á la redonda en que se admiraba su hermosura con envidia por las mozas y con deseo por los mozos, subía pensosamente monte arriba; el río, cubierto por la hopsa infamante el cuerpo y por ardientes lágrimas el rostro, no va al suplicio con más amargas congostas... Espiraba el día con esteriores horribles; las nubes galopaban en un cielo gris; el huracán barría furiosamente los cascajares, clavándose en los espinos y azotando el romero ceniciento; abajo el valle se envolvía en sombras... La naturaleza recogía los últimos resplandores de la tarde agónica... La rubia seguía ascendiendo, con su cuerpo inclinado, su saya de percal, sus alpargatas abiertas, su jubón negro, su pañuelo sobrio sobre los hombros, jadeante de dolor y fatiga.

En aquellos claros ojos sobre los que calan las fuertes guedejas en mechones de oro, ardía brillo de calentura y relampagueaba una pena intensa.

La pobre joven llevaba en los brazos tierna criatura que dormía confiada en los cuidados de la maternidad.

La rubia miraba al recién nacido con ternura infinita; inclinábase y besábalo con ardor; se detenía un momento, subíale de las entrañas oleadas de piedad purísima deshechas en nuevos ardorosos besos y rompíase todo su ser en un sollozo de pena inenarrable... Allí en el cerebro de la bella campesina reñía tremenda batalla el deber santo de madre y el temor á la execración social. Hubiese ella querido volver á la casita recostada al pie del monte, calentar con su aliento á la criaturita, mecérila en su regazo, cuidarla con el esmero que á una planta de estufa, verla crecer, hacerse hombre, abrirse las venas por su hijo, por aquel hijo de la falta, pero... y las miradas compasivas de las mozas del pueblo? y las sonrisas irónicas y punzantes de los mozos deseitados en sus solicitudes? y la severa y agria reprimenda del cura? y el desprecio de las muchachas honradas que se perdían con sus novios en la arboleda que

sombraba el río y miraban desdeñosas las caídas de la pasión...

La rubia seguía subiendo, subiendo y la lágrimas escaldaban sus mejillas; apretaba contra su pecho al hijo de sus entrañas, contenía la fatigosa respiración y lanzaba miradas indefinibles al picacho del monte, mientras el huracán rugía como un monstruo que se aplase con pulmones de titán...

Oh! ella hubiese sido muy feliz.

Cierto que, como tantas otras, cayó; cierto que él, como otros muchos fue un infame, pero acaso no se habría redimido amando mucho, con todas las potencias de su alma, á aquél ser inocente, fruto de un amor maldito? Y por qué no? Tornaría allá abajo, á su casita blanca, no miraría á los mozos, desdeñaría á sus compañeras, no viviría más que para su hijito, y si alguna vez una onda de vergüenza rezabale la mejilla la ahogaría en un beso depositado en el hijo de su alma. Todo, todo menos morir su hijo. Si acaso, ella, como responsable de su deshonra, El, nunca jamás.

La rubia se detuvo; sintió un estremecimiento de miedo. Fijó sus ojos en el espacio y el cielo seguía mudo, las nubes galopaban en danza infernal; abajo se amontonaban las sombras. Recordó la leyenda del picacho de la montaña, por la que ascendía.

La sima de la muerte tenía una historia horrible.

En las frías noches invernales, al calor del hogar, su abuelo contaba muchas veces, y ella otras tantas había temblado de horror y maldicción á la madre que desgarró la garganta de su hijo y cuyo espíritu danzaba por la crestería de aquel monte todas las noches y se hundía en la sima al olarear el alba...

¡No, no mataría al hijo de sus entrañas! Y un nuevo sollozo se confundió con el ruido del viento que azotaba los espinos.

La rubia sentía martilleo en las sienes, congostas en el pecho, fuego en los labios; el niño dormía extraño á los furores de la Naturaleza y á la tempestad desencadenada en el cerebro de la madre. Ella lo recordaba bien.

El último domingo, sus compañeras apartábanse de su lado, señalábanse unas á otras las caderas de la rubia, su rostro mate...

Las muy indecentes se ruborizaban porque la pobre rubia no sabía como ellas, cubrir su falta... No volvería al pueblo con su hijito. La

deshonra escrita en su frente haciale morir de vergüenza.

¡Ah! la vergüenza es cuña que alza la tierra, tiene brazos que nos sujetan, nos empujan y cuando quisieramos caer á lo más hondo, al eje de la tierra, nos despide como una caja de sorpresa!

La rubia siguió subiendo: ya estaba cerca de la cumbre, lloró con amargura, sin consuelo, besó con fuerza á su hijo, notó que el corazón se le partía solicitado por las fuerzas contrarias, pero siguió ascendiendo. Llegó, al fin, al picacho más alto. Miró al fondo de la sima y se horrorizó.

Era un abismo negro como su amargura. Quiso retroceder y volvió los ojos allá abajo, al valle. Parecióle que cien ojos impertinentes y mil risas sardónicas, burlescas, punzantes, se le clavaban en el alma, pinchándole, sañándole en una disección hachonosa; un espasmo nervioso agitó su cuerpo... Decidióse por seguir siendo honrada... Alzó los brazos, inclinó la cabeza, y la boca de madre selló el tierno rostro del hijo, beso volcánico, apasionado, infinito... El niño lanzó un gemido tenue, y la madre sentió en su alma la mirada borrosa y caliente del recién nacido. Dudó aun... ¡Es horrible, horrible matar á quien se le ha dado la vida! De repente sus brazos quedaron sin la preciosa carga. El niño había rodado al abismo. La sima seguía silenciosa, negra, abierta en su voracidad inagotable.

La infanticida lanzó un grito de horror patético...

A un movimiento de cabeza destrenzóse la opulenta cabellera de la rubia; los ojos lucían con fiebre, se mordió las manos con rabia, doblóse sus brazos en una convulsión histérica que pareció partir su talle; elevó sus brazos al cielo en supremo ruego de piedad y cayó, rebotando la hermosa cabeza en los guijarros del monte.

Las nubes seguían corriendo en la oscuridad, el viento silbando, la naturaleza continuaba fría, serda á los grandes dolores humanos.

La sociedad habrá clavado el aguijón del convencionalismo en otro corazón moldeado por ella misma, del propio modo que el buitro clavaba su picó en las entrañas del Prometeo mitológico.

DARIO PEREZ.

3 Enero 92.
(Prohibida la reproducción.)

VARIEDADES

¡TABLEAU!

Su elegante porte, airoso continente y maneras distinguidas muchas veces me dieron que pensar y más de una la seguí con empeño manifiesto de averiguar quién era; pero nada, mis deseos vieron siempre fallidos y mi obstinación igualmente.

En más de una ocasión pasé horas enteras en alguna esquina esperando su salida, pasaban horas y horas sin que después de una gran porción de tiempo adquiriese otras ventajas que las que el airecito del Guadarrama podía ofrecerme pro-

pinándome un resfriado mayúsculo, estando siempre en grave riesgo de pescar una pulmonía en mi inútil centinela.

Ella parecía como que en su constante burla gozaba y algunas veces la ví levantarse con gracioso ademán la falda para atravesar la calle, dejando al descubierto un diminuto y precioso pie cuidadosamente calzado, como para aumentar más la fiebre del deseo que llegaba al límite de su temperatura.

¿Quién será, me preguntaba yo á mí mismo, esta mujer de aire tan distinguido y dónde vivirá que por más que la sigo constantemente no puedo saber quién es?

Un día, entró en una casa de modesta apariencia después de haberme hecho recorrer en su seguimiento medio Madrid; no hizo más que entrar y tras ella me lancé decidido á averiguar quien era.

Entro en el portal y una mujer me cierra el paso, como resuelta á no dejarme seguir hacia las escaleras sin saber á donde iba:

—¿Es V. la portera? la pregunto.

—Servidora de V.

—Tome V. este duro.

Muchas gracias, caballero; en qué puedo servirle?

—¿Tiene V. la bondad de decirme quien es esa señora que acaba de entrar?

—Una alta, rubia, bien parecida, que viste muy elegante...

—La misma, la misma, dije sin dejarla terminar.

—Pues es la señora del principal, que está casada con un médico que es muy celoso y muy bruto mayormente...

—Vaya, muchas gracias, le dije secamente, emprendiendo la retirada no fuera á bajar el médico y en mis costillas demostrase el calificativo con que la portera le regalaba.

—Plancha, —iba yo diciendo al salir; lástima de duro! pero si no puede ser, ¡al me habré equivocado?

Estas y otras congeturas me iba haciendo á consecuencia de mis indagaciones. Seguí otras veces tratando de averiguar y nada, imposible me era obtener la más pequeña noticia acerca de mi desconocida que no daba motivos para que yo pudiera lisonjearme nada en cuanto á ella se refería y por más gratificaciones que repartiá á diestro y siniestro me quedaba á oscuras.

¡Hoy entraba en una casa y mañana en otra, y al día siguiente en otra, pero nunca salía de tales casas, ¡cosa más rara! decía yo mentalmente ¡si será alucinación mía? Pero ¡cát imposible, si mis ojos la ven perfectamente ¿cómo puede ser que...? Nada renunciaré á mi empresa.

Y efectivamente renunciaba á mis pretensiones por el pronto, para irme luego á la hora acostumbrada á colocarme en la calle de la Montera, para verla llegar con sus pasitos menuditos, su gracia y elegancia habitual.

Ya no la sigo, empezaba yo á pensar; seguirla es una tontería, y además ¿para qué? ¡Sabe Dios quién será! Nada lo dicho, no la sigo.

Y mientras así pensaba iba caminando en pos de la dama, convertido en su lazarillo y dispuesto á cruzar de un extremo á otro todo Madrid á pesar de mis graves y resueltas protestas, gastándome algunos duros, que como las golondrinas aquellas ya nunca más volverían, en saber lo que la inventiva de las bien afeccionadas porteras quería contarme.

Dejé un día de asistir al sitio acostumbrado para esperar su paso por delante de mí; fui al siguiente y esperé en vano, pues no pasó y así sucedió uno y otro día hasta que perdiendo la última esperanza abandoné mi puesto resueltamente... á la fuerza.

Por distraerme y hacer algo me dirigí una tarde al estudio de un pintor amigo mio que insistente me había rogado una porción de veces que fuese á visitarle.

Llegué á su casa; y entré en el estudio donde él estaba y al entrar no pude menos de quedarme sorprendido al ver un hermoso retrato de mi desconocida, pintado con perfección sin igual.

Al saludarme el artista y notar mi sorpresa:

—¿Qué, dijo, te admira la perfecta belleza de esa cara?

—Eso es pintar como querer, le contesté, por no descubrir mi secreto.

—No lo creas, es una belleza real y existente, repuso aquél con cierto entusiasmo.

—¿Algún modelo? pregunté.

—Ha sido el mejor y más púdico modelo que ha habido en Madrid.— Se no lo es.

—¡Ah! dije entonces, esperando otras noticias.

—No lo es desde hace dos meses que me casé con ella. Luego tendré el gusto de hacer tu presentación.

—¡Tableau! ¡Su mujer!— Yo no sé cómo me disculpé, pero sí recuerdo que pretextando algo muy urgente dejé para otro día la presentación, saliendo de casa del pintor como alma que lleva el diablo.

Antes de acabar de bajar me pareció oír cierta carcajada femenil que me llegó alma; era el pago del ridículo que tanto tiempo había hecho.

Desde entonces procuro pasar lo menos posible por delante del escaparate de casa de Colomina ante el que solía hacer mi centinela; todos los abanicos que expone se me figura que al verme empiezan á bailar grotescamente como burlándose de mí, y viniendo á seguida á mi mente este episodio singular, cuyo recuerdo me disgusta sobremedura.

DIONISIO MORQUECHO.
Enero 26/92.

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

5 DE FEBRERO DE 1146.

Batalla de los Llanos (Albacete).

El pacto de amistad y alianza ajustado entre Alfonso VII de Castilla y Sañad-Dola, el último emir de los Beni-Hud de Zaragoza, quedó sin efecto cuando al verse éste encumbrado con el emirato de los reinos de Valencia y Murcia y dueño